

Artículo de investigación

Cómo citar: Fajardo Forero, Ari Enrique (2024). El Moro: La literatura como herramienta en la consideración moral hacia los animales. *Polisemia*, 21 (38), 73-89. <http://doi.org/10.26620/uniminuto.polisemia.21.38.2024.73-89>

ISSN: 1900-4648

eISSN: 2590-8189

Editorial: Corporación Universitaria Minuto de Dios - UNIMINUTO

Enviado: Octubre 26 de 2023

Aceptado: Abril 26 de 2024

Publicado: Noviembre 20 de 2024

Ari Enrique Fajardo Forero

El Moro: la literatura como herramienta para la consideración moral hacia los animales

El Moro: Literature as a Tool for Moral Consideration Towards Animals

El Moro: A Literatura como Ferramenta para a Consideração Moral dos Animais

Resumen

El presente artículo aborda las emociones como elementos importantes en la vida del ser humano y de otras especies de animales, y cómo pueden ubicarse en una altura similar a la de la razón a la hora de utilizarse en el campo de la ética. En las líneas siguientes, se procura hallar alguna consideración moral hacia los animales desde diversos aportes de la ética, y el papel de la empatía y la compasión como posibles vínculos que se establecen con otros animales, diferentes a los seres humanos. Así mismo, se indaga cuál es el aporte de las narrativas literarias en la posible educación moral de los lectores, centrando la atención en la literatura animal. Se ejemplifica con la novela *El Moro*, de José Manuel Marroquín, cómo se pueden considerar moralmente algunos animales como seres con emociones y que merecen ser respetados por tener principios de sintiencia, lo que lleva a reconocerlos en el espectro moral.

Palabras clave: compasión, empatía, emoción, consideración moral y novela

Abstract

This article addresses emotions as important elements in the life of humans and other animal species and considers how such emotions can be placed on a similar level to reason when used in the field of ethics. In the following

Ari Enrique Fajardo Forero

Licenciado en Lingüística y Literatura; Especialista en Ética y Magíster en Ética y Problemas Contemporáneos. Doctor en Educación. Egresado de la Corporación Universitaria Minuto de Dios.

Correo electrónico: ari.fajardo1975@gmail.com



lines we aim to find some moral consideration towards animals from different contributions of ethics, and the role of empathy and compassion as possible links that are established with other animals, different from human beings. Furthermore, the contribution of literary narratives in the possible moral education of readers was investigated, where attention was focused on animal literature. It was explained with an example of animal literature, the novel *El Moro*, by José Manuel Marroquín, the way in which the moral consideration of some animals as beings with emotions and that deserve to be respected for having principles of sentience can be practiced, which leads to recognize them in the moral spectrum.

Keywords: compassion, empathy, emotion, moral consideration and novel

Resumo

Este artigo aborda as emoções como elementos importantes na vida dos seres humanos e de outras espécies animais, e como elas podem ser posicionadas em um nível semelhante à razão quando utilizadas no campo da ética. Nas linhas a seguir, busca-se identificar uma consideração moral em relação aos animais a partir de diversas contribuições da ética, destacando o papel da empatia e da compaixão como possíveis conexões estabelecidas com animais não-humanos. Além disso, procurou-se investigar a contribuição das narrativas literárias para a possível educação moral dos leitores, com foco na literatura animal. Utilizou-se a novela *El Moro* como exemplo de como alguns animais podem ser considerados moralmente como seres dotados de emoções e que merecem respeito por possuírem princípios de sentiência, o que leva a reconhecê-los no espectro moral.

Palavras-chave: Compaixão, empatia, emoção, consideração moral, novela.



Introducción

Durante mucho tiempo el hombre se ha convertido en la especie que establece no solo los criterios para determinar qué es lo correcto y lo incorrecto en el mundo, sino que, con base en ellos, actúa de tal forma que la especie humana prima sobre todas las demás. Así, animales no humanos, especies de plantas y cualquier manifestación biológica diferente a la humana pareciera que está condenada a vivir en función de lo que ser humano determina; y, en consecuencia, aquellos derechos que pudieran tener dichas especies no humanas se relegan a un segundo plano.

De esta forma, los animales no humanos —*los animales*— se han convertido en una herramienta de diferente uso para los animales humanos —*los humanos*— en la vida cotidiana. Es común ver entonces en la alimentación, en el vestuario, en la diversión, en los cosméticos, en el trabajo, etcétera, la negación continua a los animales de sus posibilidades de una vida mucho más digna en cuanto a las características que le son propias e inherentes. Y, aunque esto varía en diferentes culturas, sí se puede determinar que tales prácticas tienen un factor común: la poca o nula consideración moral hacia los animales por parte de los humanos.

Por ello, a partir de las dinámicas actuales, en las cuales es notorio un consumismo exacerbado de productos de procedencia animal o que implican la vulneración de sus posibles derechos, se reafirma la escasa o nula consideración hacia ellos. Esa postura es ciertamente entendible a la luz de épocas remotas: la Antigüedad, la Edad Media, la Edad Moderna y parte de la Contemporánea, dados, por un lado, los incipientes, escasos o erróneos estudios sobre los animales y su relación con el mundo; y, por otro, las creencias religiosas y culturales que determinaban tales dinámicas. No obstante, después de muchos estudios rigurosos en campos como la biología, la etología, la filosofía moral y la ética aplicada, resulta bastante anacrónico que estos pensamientos y prácticas sigan vigentes.

Ahora bien, para lograr los propósitos planteados a lo largo del texto, surgen varios interrogantes: ¿Qué herramientas pedagógicas y conductuales se pueden utilizar para tal fin? ¿Cuáles son los alcances puntuales de dicho propósito? ¿Qué implicaciones, más allá de las actitudinales, tiene el cambiar un modelo cultural instaurado hace siglos y milenios? Todos estos interrogantes se abordarán en los siguientes apartados, no sin invitar a los lectores a ver un panorama global mucho más allá de lo heredado culturalmente, pues si bien es titánica la tarea de romper con el paradigma antropocéntrico a nivel moral, es una labor loable para aquellos que no tienen voz ni voto en el mundo.

Marco teórico

Emociones: empatía y compasión

Las emociones han sido un tema abordado desde la Antigüedad. A lo largo de la historia, diversos autores han estudiado su naturaleza y han planteado aportes respecto al papel que ellas juegan en la vida del ser humano. Para unos más que para otros, se ha logrado que las emociones se tengan en cuenta o se releguen a un segundo plano. Lo que lleva a preguntarse ¿qué tanta incidencia tienen las emociones en la moralidad de un individuo o de una comunidad? o ¿cuál es el criterio que se tiene en cuenta cuando se considera moralmente a un ser vivo? Estas preguntas resultan difíciles de responder de forma mediática e implican una serie de abordajes históricos y conceptuales desde diversas fuentes filosóficas, que no solo precisen, sino que aclaren el papel de las emociones en los juicios éticos y morales de la sociedad. De esta forma, las preguntas ya no son en torno a qué es la emoción, qué las diferencia de otros sentimientos o en qué clases se dividen, sino respecto a cuál es la relación que hay entre la emoción y el juicio moral hacia determinados seres. Se plantearán entonces diversas posturas afines que tienen estrecha relación entre los conceptos de emoción y moral, a fin de establecer su papel en la justicia hacia algunas especies de animales.

En el prólogo del texto *Ética y emoción*, de Mar Cabezas, Fernando Broncano sostiene que “la moralidad que todas las culturas manifiestan consiste en reacciones, actitudes y juicios evaluativos ante ciertas acciones, sean estas parte o no de la *mores* o costumbres de la cultura respectiva” (Broncano, 2014, p. 9). Implica entonces que se premia, se alaba, se rechaza o se castiga toda acción que merece ser respaldada o repudiada por tener inmersa cierta relevancia moral. La ética, en tanto determina social y culturalmente las acciones, nos invita a examinar los diversos comportamientos de personas y sociedades, cuyas acciones perjudican a quienes acompañan al ser humano en su vida.

Para evaluar moralmente las acciones del ser humano, existen diversas herramientas. La razón fue y es un referente destacado, pero la emoción también lo es. Tanto en los humanos como en algunos animales, las emociones no son meros hechos psicológicos de un individuo, sino un vínculo real con el mundo; por lo cual provocan disposición, evaluación y reacción ante un evento con imputabilidad moral. Sin las emociones que llevan a elaborar los juicios morales y provocan una reacción, los agentes sufrirían de la insensibilidad propia de la ceguera moral o de la moral defectuosa. No es propósito abandonar la razón como mecanismo válido para valorar moralmente las acciones, es solo que no se debe desconocer la incidencia notoria del componente emotivo en esta dinámica. Es, en términos aristotélicos, una invitación a “arrimarnos al hábito mediano” (Aristóteles, 2012, p. 84).

En su *Tratado de la naturaleza humana*, Hume (2001) refleja la condición del ser humano en cuanto al aprendizaje de algunas emociones. Si bien

aclara que los lazos de consanguinidad producen el vínculo más fuerte del que un hombre es capaz, también sostiene que todo aquello que se halla unido al ser humano puede ser objeto de nuestro amor. En el libro II, el filósofo escocés sostiene:

Todo lo que se halla unido a nosotros por algún lazo puede seguramente ser objeto de nuestro amor, de un modo proporcional a esta relación, sin necesidad de indagar sus otras propiedades. Así, la relación de sangre produce el lazo más fuerte de que el espíritu es capaz en el amor de los padres a los hijos, y en menor grado, la misma afección cuando la relación disminuye. No solo la consanguinidad tiene este efecto, sino cualquier otra relación, sin excepción [...]. Cada una de estas relaciones se estima como un lazo y tiene un reducido derecho a requerir nuestra afección. (Hume, 2001, p. 109)

En consecuencia, se puede sentir emoción por la familia, los amigos, etcétera; no obstante, también es posible sentirla por personas diferentes, o por todo aquello que, siendo disímil, tiene relación con los humanos.

Hume pensaba en la especie humana como sujetos de consideración moral. Sin embargo, luego de tres siglos de avances en los campos de la etología, la zoología y la ética aplicada, resulta apropiado ampliar el estrecho campo de la dignidad. De esta manera, es posible pensar que la filosofía moral ha trascendido los muros de lo exclusivamente humano a otras especies animales.

Como afirma Nussbaum, las emociones yacen en la vida cotidiana. De la misma forma en que en una llanura se pueden levantar capas geológicas que reflejen una fuerza interna de la tierra, también puede darse un “levantamiento geológico del pensamiento” (Proust, 2009), que le permite ir más allá del simple raciocinio. Eso son las emociones: levantamientos del pensamiento, y la literatura permite y exige que estas no se dejen de lado al hacer un juicio ético en la vida cotidiana.

La filosofía moral se ha instaurado en una red de principios elevados desde lo que se considera el intelecto imparcial, y aparta las emociones como agentes de las cuestiones éticas; empero la importancia de las emociones dentro de dichas cuestiones es tal que han de reconocerse como parte esencial del sistema de razonamiento ético. Si bien ello no significa que las emociones deban ocupar un sitio privilegiado cuando de elaborar juicios de valor se trata, como tampoco que estén exentas de un análisis o crítica racional, sí significa que es preciso recobrar su valor.

Compasión en la literatura

Históricamente, la literatura se ha reconocido como proveedora de diversas manifestaciones culturales del mundo. Ella ofrece no solo las formas de ver al ser humano dentro de su sociedad, sino también las herramientas para entender su comportamiento. Con este propósito, Nussbaum (2018) cita a



Plinio, quien en su *Historia Natural* narra que en el año 55 a. C., el general romano Pompeyo organizó un combate entre elefantes y humanos, durante el cual:

Quando estaban en la arena, estos animales se percataron de la imposibilidad de ganar el combate; por lo que empezaron a llorar y comportarse de forma extraña. Este comportamiento que tenía la intención, según Plinio, de “suplicar al público” fue recibido y notado por los asistentes, quienes, conmovidos ante el dolor de los animales y el espectáculo en sí, lanzaron improperios al general. (Nussbaum, 2018, p. 321)

Este fragmento lleva a preguntar: ¿Cuál es el aporte positivo de las emociones en la deliberación ética y moral en las esferas del ser humano? ¿Por qué las dinámicas sociales han de remitirse al cultivo de las emociones en lugar de fijar normas y leyes justas desde las instituciones para alcanzar una sociedad, incluidos los animales, más justa? ¿Cuál es el motivo por el que no se debe confiar en las normas o en la voluntad del ser humano para la consideración moral hacia otros y sí se debe confiar en las emociones?

Tales interrogantes hacen parte de la teoría política, de la misma filosofía política o de otras ramas del conocimiento humanista. Pero, al abordar estos campos, difícilmente se tienen en cuenta las emociones, o por lo menos así fue hasta mediados del siglo XX, cuando se ignoraba e incluso se negaba el papel de estas en ámbitos que no fueran el filosófico o el psicológico.

La compasión, según Aristóteles, es una emoción dolorosa dirigida al infortunio de otra persona [...] Tiene tres elementos cognitivos. Parece que la visión aristotélica considera que cada uno de ellos es necesario para la emoción y que conjuntamente son suficientes. Al parecer, piensa que el propio dolor está causado seguramente por las creencias: él lo denomina “dolor por [...] el infortunio que una persona cree que se ha abatido sobre otra” y ofrecerle al aspirante a orador dispositivos para introducirlo o eliminarlo, aduciendo o alejando las creencias correspondientes. (Nussbaum, 2017, p. 345)

La compasión y la cognición tienen un estrecho vínculo, y la presencia de una no elimina la otra. Para entender el postulado aristotélico del justo medio, retomado por la autora, hay que recurrir a los elementos cognitivos que explican su importancia. El primero es la valoración o la creencia de que el sufrimiento padecido por alguien es grave, importante o significativo (Nussbaum, 2017, p. 345). Tal sufrimiento no es relativo en cada una de las personas, como tampoco está sujeto a la aprobación de todos o tan siquiera de la mayoría de los individuos. De esta forma, el dolor, la muerte, el maltrato, la salud, etcétera no son elementos subjetivos y sometidos a la aprobación de la mayoría, dado que actualmente estos aspectos de la vida humana se tienen en cuenta para la consideración moral, mientras que una prenda de vestir cualquiera o un lapicero podrían ser importantes para alguien, pero no reviste mayor gravedad. No obstante, en cada sociedad y entre sus individuos también, varía el punto álgido entre lo grave y lo que no lo es.

El segundo elemento es la idea de que la persona que recibe el sufrimiento no merece recibirlo. Al observar, por ejemplo, una golpiza a un presunto secuestrador, asesino o violador, según la percepción de la mayoría, puede no resultar injusta la golpiza, puesto que merecería tal castigo. Pero si se observa la misma golpiza a una persona que se filtra en una fila del banco, la percepción de justicia no es la misma, pues se considera que, aunque haya cometido una falta, no hay el mismo merecimiento. De acuerdo con ello, la compasión demanda el establecimiento de una noción de responsabilidad y culpa. Al mismo tiempo, exige la creencia de que hay cosas y acciones realmente malas que le pueden sobrevenir a una persona. Al sentir compasión por otra persona, o por otro ser que merezca tal consideración, la persona compasiva acepta que existen otros individuos y otros seres que no están siempre a salvo y bajo control, que pueden resultar dañados por acciones tanto voluntarias como involuntarias.

El tercer elemento, que según Nussbaum no se presenta siempre, es la similitud en la emoción entre quien la experimenta y quien es objeto del maltrato, muerte, sufrimiento, etcétera. Este tercer requisito se ha denominado “posibilidades parecidas” (Nussbaum, 2017, p. 345) y consiste en que la propia persona puede sufrir, bien sea en sí misma o en sus seres queridos, el acto cruel o despiadado que merezca ser considerado malo o dañino. El punto en el que la autora disiente del pensamiento de Aristóteles radica en la pregunta ¿qué personas, seres o criaturas se está dispuesto a considerar moralmente? Esta pregunta nace de la diferencia notoria entre las posibilidades y vulnerabilidades de todos los que sufren. Es decir, las posibilidades de desarrollo y la vulnerabilidad son notoriamente diferentes entre quienes pueden experimentar el dolor, la muerte, el sufrimiento, etcétera, y quienes sienten compasión.

Una vez referenciados los tres elementos necesarios, surge la inquietud sobre si la compasión es lo mismo que la empatía. A juicio de Nussbaum, no es así. La empatía implica cierta reconstrucción de la experiencia del que sufre y, para ello, la imaginación resulta crucial. En la tradición filosófica han sido innumerables las controversias sobre cómo funciona la empatía, por lo que no resulta claro todavía si el ser humano sufre cuando se pone en el lugar del que sufre directamente. Así como tampoco resulta claro todavía si las propias experiencias se ven fusionadas con el que las sufre (Nussbaum, 2017, p. 366).

Es bastante probable que esto se considere habitual y que la empatía se entienda como una preparación mental que siga el método Stanislavsky, como se refiere a continuación:

[La empatía] implica una representación participativa de la situación del que sufre, pero siempre se combina con la conciencia de que uno mismo no es el que sufre. Esta conciencia de la vida separada de uno mismo es fundamental para que la empatía puede relacionarse con la compasión: si hemos de sufrir compasión por *otro*, y no por uno mismo, debemos ser conscientes tanto del infortunio del que sufre como del hecho de que su suerte, justo en ese momento, no es la nuestra. (Nussbaum, 2017, p. 367)

De ser cierto lo anterior, en cuanto a que se tiene la experiencia del dolor en el propio cuerpo, entonces habrá algún fracaso, ya que se habrá asimilado el dolor, pero es de otro. Esa característica de sentir el dolor del otro, pero teniendo la claridad de que es del otro, es un tipo de atención doble. Comúnmente se le denomina a ello *empatía*: la atención doble y simultánea de imaginarse lo que sería estar en el lugar del que sufre y, paralelamente, conservar el distanciamiento de ser otro.

Ahora, ¿la empatía es suficiente para que haya compasión? La respuesta es no. No basta la primera para que exista la segunda. En primera instancia, se podría tener algo de empatía frente a situaciones felices y placenteras, mientras que la compasión requiere que el sujeto de consideración moral esté en situaciones negativas o que le causen perjuicio. Pero a pesar de que el individuo o la persona estén en una situación negativa o perjudicial, la empatía no es suficiente para alcanzar la compasión.

Si para llegar a la compasión no es suficiente la empatía, ¿acaso será esta necesaria para alcanzar aquella? Varios sectores de la filosofía dicen que sí; pero, a juicio de Nussbaum (2017, p. 370), esta respuesta resulta ciertamente dogmática, ya que se puede sentir compasión por un ser humano muy diferente o por otro tipo de ser vivo sin sentir un mínimo de empatía. Un ejemplo de ello se presenta en el siguiente caso: Los hombres no pueden dar a luz a sus hijos de forma directa; sin embargo, si uno de ellos observa a una mujer embarazada y que está en riesgo de sufrir algún percance o accidente que ponga en riesgo la vida de la madre y del futuro bebé, probablemente él se apiade de ella y sienta compasión por su estado y por el posible accidente. En este caso, el hombre nunca ha sido, es o será mujer o mamá, pero sí puede sentir compasión a través de un proceso cognitivo en su mente.

Ya que se observó que la empatía no es necesaria para generar compasión; ahora se pasará a establecer otro elemento importante: el criterio para determinar a quiénes sí y a quiénes no les concedemos el beneficio de la compasión. Si bien la diferencia física entre un ser humano y un animal es mucho más grande que entre dos humanos de diferente raza, por ejemplo, no es un criterio suficiente para fijar que a los seres humanos se les debe compadecer, mientras que a los animales no, pues las diferencias se han ido aminorando a la luz de los últimos estudios en etología y otras disciplinas. Así lo plantea Nussbaum (2017), cuando relaciona la historia de Lupa y Remus: dos perros que, tras ver a su amo, George Pitcher, lloran luego de ver en la televisión la muerte de un niño después de un tiempo de agonía. Según Nussbaum (2017, p. 114), “Los animales tienen emociones”, pues, independientemente de la especie, cánida o humana en este caso, hubo un proceso de empatía que llevó a los perros a compadecerse de su amo en un momento de tristeza.

La literatura ha venido contagiándose en los últimos años del creciente interés en las cuestiones éticas y sociales, por lo que se ha convertido en un gran mecanismo de reflexión moral en la vida del ser humano. Escartín Gual (2015), en su ponencia *La literatura, una forma de audacia moral*, se refiere a la literatura,

como instrumento que ayuda a modificar nuestro sentido ético al ofrecernos otras formas de pensar y actuar —también en relación a los animales— por ser un observatorio desde el que puede darse testimonio, denunciar o conmovir; convirtiendo la lectura en un revulsivo social. (p. 99)

La literatura provee de manera directa o indirecta casos en los que se toman decisiones éticas. Novelas como *Niebla* (2012), de Miguel de Unamuno, reflejan la incapacidad e incertidumbre de algunos seres animales para expresar su dolor, angustia y tristeza en ver acabar el mundo propio. Virginia Woolf, en su obra *Flush* (2003), manifiesta el dolor sentido por un perro frente a la presencia de un rival dentro de su casa. *Tombuctú* (1999), de Paul Auster, relata la historia de Mister Bones, el fiel perro de un poeta vagabundo, con el que vive diversas aventuras. En *La historia de un perro llamado Leal* (2017), Luis Sepúlveda reflexiona sobre el incondicional apoyo del cánido protagonista hacia sus antiguos y sus nuevos amos.

Las narrativas pueden analizarse desde lo ético, por lo que la relación entre literatura y ética es más que un mero accidente. Ello supone entonces que en la literatura se evidencia lo teorizado por la filosofía, o que la filosofía se evidencia en la literatura. En ética, las lecturas no pueden ser ni literales ni filosóficas, porque la ética no está comprometida con la verdad, sino con lo correcto y lo incorrecto, así como con el punto desde donde se parte para una conclusión al respecto. La ética, al estar continuamente en revisión desde sus teorías, necesita de la literatura para su aplicación. Con la novela como una de sus fuentes, el arte literario mantiene la relación equilibrada entre lo concreto y lo general, entre las pretensiones generales de los humanos y las formas particulares de vida de cada uno. En las narrativas se apela al lector capaz de ver y compartir con los personajes los anhelos, los miedos, las preocupaciones y las proyecciones de los lazos de simpatía o rechazo por su comportamiento. El lector se refleja en los personajes de las narrativas y estas llevan a un razonamiento ético en relación con el contexto, que se materializa en las vivencias de quienes en ellas actúan.

Esa es la particularidad de la novela, uno de los géneros más asequibles de la literatura. Por ello, Escartín Gual (2015) no duda en afirmar:

La literatura se revela como un medio poderoso para que una sociedad madure y exija mejoras, porque el ciudadano corriente no lee a filósofos morales como Peter Singer, o Tom Reagan, ni a profesores expertos en legislación, como Gary Francione, que distinguen los derechos de los animales frente al bienestarismo; ni a primatólogos (caso de Goodall o Galdikas) que nos hablan de la etología de chimpancés y orangutanes o de su cercanía con nosotros, pero cualquiera es capaz de leer una novela y esta, [de] plantear cuestiones éticas que ayuden a cuestionar el modo de pensar heredado y, en última instancia, a cambiar leyes. (p. 109)

Y son las consecuencias pedagógicas y éticas en el lector las que se deben contemplar, puesto que, como señala Nussbaum (2005), es bastante claro el papel de la literatura en la formación humana y no humana:

En dicha contribución [al análisis literario] la forma y el fondo no son características secundarias. Una concepción de la *vida* es contada. El contar mismo, la selección del género, las estructuras formales, las frases, el vocabulario, de la manera en que se encara el sentido de vida del lector: todo ello expresa un sentido de la vida y del valor, una noción de lo que importa y de lo que no, de lo que son el aprendizaje y la comunicación, de las relaciones y conexiones de la vida. La vida nunca es *presentada* por un texto; siempre es *representada* como algo. Ese “como” puede, y debe, ser visto no solo en el contenido parafaseable sino también en el estilo, el cual expresa por sí mismo elecciones y selecciones, y provoca en el lector determinadas actividades y transacciones en lugar de otras. (p. 29)

De esta forma, el lector tiene una enorme responsabilidad en descubrir las formas y los términos que manifiestan adecuadamente, que formulan apropiadamente las ideas que el autor o la autora pretenden proponer. Con ello, el lector, llevado por el texto a una actividad compleja que va más allá de lo artístico, está en capacidad de responder en su propio medio y mediante sus propias herramientas en todo aquello que lo beneficie.

Estado del arte

Las emociones, como fuente de consideración moral, y la literatura han sido abordadas por diferentes autores a lo largo de la historia. Desde la Antigua Grecia hasta la Época Contemporánea, se han estudiado, no solo en función de sí mismas, sino como herramientas para lograr objetivos diversos.

Platón, en el *Filebo*, plantea una visión polémica de las emociones, al considerar un constante e interno debate entre ellas. Aristóteles, en la *Retórica*, da un paso adelante, pues plantea que son una especie de aviso de dolor o placer de quien las sufre. Los estoicos, a su vez, relegan las emociones a un plano inferior, al verlas como simples opiniones y juicios que no se deben tener en cuenta.

En la antesala a la Edad Media, San Agustín, en la *Ciudad de Dios*, resalta la fortaleza y la responsabilidad de las emociones en el ser humano, mientras que Santo Tomás, en la *Suma teológica* relaciona las emociones más con lo apetitivo que con lo espiritual. En la misma línea se encuentra Hobbes, que a través de *Leviatán* relaciona las emociones con los principios invisibles del movimiento del cuerpo humano.

Quien da un aporte significativo es David Hume, pues en el *Tratado de la naturaleza humana* las analiza desde una visión científica y las considera como producto de las creencias y las ideas que tiene el ser humano, y que se visualizan en la agitación física. Descartes, por su parte, en *Las pasiones del alma*, deja ver que las emociones son afecciones y que su amplio mundo proviene de mezclas internas de diversos tipos de ellas.

Spinoza sugiere que las emociones son cierta unión entre el alma y el cuerpo, por lo que son dos aspectos de la misma realidad, y que continuamente buscan un estado de perfección. Kant, a su vez, en *El*

poder de las facultades afectivas, plantea la diferencia entre pasiones y emociones. Según él, estas últimas están subordinadas desde lo moral, pero tienen carácter decisivo en la vida humana. En esa misma línea aparece Schopenhauer, pues su visión de las emociones hace parte del deseo y de la vida en general.

Hegel considera que las emociones, los sentimientos y las pasiones son diferentes, pues estas últimas están en un orden superior; las emociones serían ciertas particularidades accidentales que son importantes como elementos transitorios. Entre tanto, Scheler eleva las emociones al no considerarlas inferiores a la vida racional e intelectual. Heidegger y Sartre comparten esta visión en cuanto a que las emociones van más allá de ser simples elementos adyacentes al conocimiento y a la voluntad, pues son elementos fundamentales por representar experiencia en el mundo.

Finalmente, es Martha Nussbaum quien otorga un peso considerable a las emociones en la vida del ser humano. A través de un viaje por la necesidad de reconocer las emociones, entre ellas la compasión y el amor, y luego de hacer evidente la relación entre la emoción y literatura, relaciona el término *justicia* con la emoción para que se tengan en cuenta dichos elementos en la consideración moral.

Metodología

Para la elaboración de este artículo se llevó a cabo una investigación cualitativa de orden documental, basada en el abordaje de referentes conceptuales sobre la filosofía moral y la literatura. Inicialmente se llevó a cabo una revisión cronológica de la conceptualización de las emociones a lo largo de la historia y para ello se hizo una revisión documental de diversos autores. Se exploraron después los planteamientos de Marta Nussbaum, que desde la filosofía moral proporcionaron algunos conceptos propicios para este ejercicio investigativo. Luego se abordó el papel de la literatura, también desde la perspectiva de la misma autora y desde otros analistas y críticos literarios, para finalmente analizar, a partir de lo planteado por la filósofa abordada, una narrativa novelesca que reflejara en su contenido la consideración moral hacia los animales.

Resultados

El Moro: un caso puntual

Una vez abordadas someramente las emociones (empatía y compasión) y su relevante papel en la toma de decisiones morales, resulta pertinente poner sobre la mesa la consideración moral y su relación con la literatura, mediante el análisis de una obra literaria sobre animales. La obra seleccionada, *El Moro*, describe el *ethos* particular de animales y humanos que rodean a su protagonista en el trasegar por la vida. Escrita en 1897 por José Manuel



Marroquín, es la obra literaria que lo encumbra en las letras del costumbrismo como movimiento literario, por su lenguaje natural y muy particular, atado al contexto en el que se desarrollan los hechos.

El Moro relata las vivencias de un caballo en la sabana de Bogotá y sus alrededores. En esta narración de la cotidianidad del equino, se manifiestan las dinámicas de alegría, dolor, tristeza y miedo del protagonista. En las dos versiones comparadas y analizadas —la primera editada en 1971 por el Instituto Caro y Cuervo y la segunda editada por Editorial Panamericana en 2006— se puede encontrar la mezcla entre descripción y narración de las vivencias de Moro. Con personajes arquetípicos como el cruel Tuerto Garmendia, el noble don Bernabé, los codiciosos Próspero y Cesáreo, etcétera, la narración se torna verosímil. Si bien es una obra ficcional, en tanto se recurre a la personificación del protagonista y de sus compañeros equinos, refleja el conocimiento de este mundo, condensado a través de los abundantes retratos literarios empleados por el autor.

Mediante el relato de la vida caballar de Moro, se evidencia una sociedad de clases que impone su carácter déspota, injusto y cruel al animal. Así lo refiere Ayala (2002) cuando asevera:

Ante *El Moro* esta sociedad se hace bestia y el caballo animal humanizado. El autor consigue instalarse en su perspectiva y se hace un moro que piensa, que realiza su dramática y su épica, sin traicionar el típico comportamiento del caballo. (p. 258)

La sensibilidad generada por la narrativa de su protagonista y su aire de epopeya por sus particulares gestas en las fincas que recorre a lo largo de su vida permiten ver la brutalidad del hombre y la mansedumbre equina. Y esa esta sensibilidad, necesaria en el vínculo narrador-lector, a la que se refiere Lapesa (1981) cuando sostiene que “También es importantísima la sensibilidad, cualidad receptora de impresiones externas y la capacidad de reaccionar ante ellas: quien no sienta emoción ante la belleza contemplada, difícilmente podrá convertirla en materia de una obra artística” (p. 19). Es tal vez la expresión la que invita tanto implícita como explícitamente a tomar elementos de la narración y analizarlos a la luz de la consideración moral del animal, para luego actuar en consecuencia frente a ella.

Por otra parte, en esta novela, la consideración moral del caballo no solo puede evidenciarse y analizarse como cuestión de fondo, sino que la riqueza literaria, su forma, permite buscar aún más y alcanzar dicha consideración moral.

Con anterioridad se mencionó que uno de los personajes de la obra — el Tuerto Garmendia— se caracterizaba por la crueldad hacia Moro. Sin embargo, no era cruel solo con este caballo, ya que a través de las descripciones de Marroquín (1971) se puede ver que era su costumbre maltratar animales.

Si en aquel compendio de todas las malas pasiones había algo que me pudiera calificar de pasión dominante, yo [Moro] me atrevería a afirmar que la del

Tuerto Garmendía era su afición por martirizar animales. [sic] En una de las poblaciones que frecuentaba más, acostumbraba a hacer tertulia en la botica; y como allí pudiera echarle el guante a un animal, perro, gato, ratón o pollo, compraba, digo mal, pedía (porque él no compraba nunca) una botella de aguarrás, bañaba el animal en este líquido, le pegaba fuego y, cuando le era posible, le cerraba la puerta para recrearse con todos los lamentos, todas las convulsiones y todas las agonías de la infeliz criatura. (p. 82)

Se observa que este personaje no solo provoca dolor de forma intencional y ha naturalizado esta conducta a lo largo de los años, sino que se regocija ante el sufrimiento del animal. Así, Garmendía se convierte en todo aquello que Nussbaum juzgaría en sus textos, y que despierta en el lector la compasión hacia el caballo.

Pero lo anterior es solo un ápice del comportamiento de Garmendía. En la misma edición, Marroquín (1971) también relata comportamientos crueles del Tuerto con otras especies:

Yendo sobre mí, encontró una vez un asno cargado de chamarasca (vulgo, *chamiza*). Apeóse, quitóle de la mano el ronzal a una pobre indiecita que lo llevaba, y le puso fuego a la leña de la carga. No sé a quién compadecí más, si al animal, que entre congojas horribles quedó medio consumido por el fuego, o a la india, que lloraba a gritos, de lástima, de cólera y de miedo. (p. 83)

Por otro lado, así como Edipo conoce de antemano su destino en la tragedia de Sófocles, Moro, con naturalidad y suma nobleza, anticipa al lector el trágico destino que tendrá en la Tierra, además de las aflicciones vividas con los humanos. Apenas ha nacido y ya parece muerto. Así lo deja ver Marroquín (2006) cuando narra el nacimiento de Moro en medio del fango:

En sus ojillos negros y vivos se pintan la angustia y la sorpresa que le ocasiona el descubrir que el mundo, en donde ha acabado de aparecer, creyendo no hallar en el más que las gratas sensaciones que le produjeron el espectáculo de la naturaleza, el movimiento y los primeros tragos de leche, solo ofrece peligros y amarguras. Con la desmaña propia de su tierna edad, brega por salir del atolladero; pero de cuando en cuando se le agotan las fuerzas y deja caer a linda cabecita con un mogote, como desalentado y resuelto a rendirse a su destino. (p. 11)

Se puede pensar en un Edipo-Moro que conoce de antemano su paso por la tierra y las condiciones de vida y de muerte. Si Edipo conoce su tragedia final porque el oráculo se la anuncia, Moro lo hace por su relación con los humanos. De esta forma, Marroquín anticipa las dinámicas del protagonista, no solo consigo mismo y con sus amigos caballos, sino con el mundo humano.

Una vez llegados hasta aquí, es necesario establecer una crítica moral a *El Moro*. Esta crítica, a juicio de Álvarez (1994), considera lo siguiente:

La premisa básica de esta crítica se funda en que la función más importante de la literatura es enseñar la moral y que ella, algunas veces, presenta una orientación religiosa y en otras filosóficas. Para esta escuela ni la forma, ni el lenguaje figurado ni las otras consideraciones puramente estéticas dejan de existir y de ser analizables, pero son de nivel secundario. (p. 107)

Por ello, en el campo moral, se tendrán en cuenta varios elementos de esta narrativa. Inicialmente, está el maltrato que, al igual que Moro, sufren Morgante y Merengue, los otros caballos. De igual manera, el carácter utilitario que asignan los hombres al caballo es visible no solo en Moro, sino en todos los animales que hay en las diferentes fincas por las que pasa el protagonista. Pese a tener valor para sus dueños, es tan solo un valor económico que, en algunos momentos, ni siquiera representa el carácter utilitario del animal. Moro es vendido, es comprado, es robado, es recuperado, es tratado como botín de oro y, al final, es abandonado. Triste final para un animal que trabajó incansablemente para cada uno de sus amos.

Un elemento particularmente emocional y compasivo es el duelo ante la muerte. Desde la misma aparición del hombre, el duelo ha tenido diferentes manifestaciones culturales. Los deudos viven el duelo de forma particular. Llorar inconsolablemente, negar la muerte en sí misma, vivir con normalidad, recorrer los mismos caminos del muerto, etcétera, hacen parte del duelo humano. Pero los animales como el caballo, ¿cómo viven ese duelo? En el pasaje de la muerte de su amigo Gulliver, Moro lo narra así:

Una noche, al primer canto de gallo de la choza de los carboneros, me parece que Gulliver se ha echado y yo me echo también. Hacia la madrugada me levanto, puzco un poco y relincho. A mi relincho no contesta el de mi compañero. Me le acerco, lo olfateo, y se apodera de mí una inquietud mortal. Luce el alba y a sus primeros resplandores percibo que mi amigo tiene el vientre monstruosamente inflado, los dientes descubiertos y los ojos sin brillo. Está tendido sobre el lado derecho, y el brazo y la pierna del opuesto se ven rígidos y levantados del suelo. Súbito espanto se apodera de mí y huyo despavorido hacia un extremo del cercado.

¡La muerte! ¡la muerte!

Mi amigo no es, y sin embargo ahí está. Ahí está su nombre y yo tengo, como antes, la idea de su ser.

¿Qué falta? ¡Misterio impenetrable! Envidio a los hombres, que, según creo, comprenden el misterio de la muerte.

Los animales no comprendemos la muerte, pero los caballos manifestamos el horror que nos inspira, retirándonos sobrecogidos de los cadáveres y de las osamentas de nuestros congéneres.

A mi amigo no se le podían hacer, por falta de quien oficiara, los funerales que se les suelen hacer a los caballos, no se le podía desollar.

Al medio día, las negras y asquerosas aves que siguen a la muerte por dondequiera para hartarse con sus despojos, caen sobre el cuerpo inanimado y lo mutilan y lo destrozan, alegrando su festín con graznidos, saltando y aleteando en torno al cadáver, en una danza grotescamente fúnebre. (Marroquín, 2006, p. 177)

Por último, se podría pensar que, si bien los lenguajes como manifestación de cada dinámica y de los animales, y la forma en que estos se relacionan con el medio en que habitan son diferentes a los del ser humano, sí hay un elemento que los lectores de narraciones pueden tener con personajes animales para considerarlos moralmente: la compasión.

Conclusiones

Abordados los referentes éticos y literarios, surgen numerosas reflexiones y conclusiones con miras a mejorar el trato hacia los animales. No obstante, y por la amplitud tanto de la literatura animal como de los aportes de otros autores, se mencionan a continuación solo algunas consideraciones en favor de los animales, para que tengan una vida más digna y con menos sufrimiento y dolor.

Inicialmente, cabe resaltar que las emociones tienen tanto peso argumentativo como la razón a la hora de utilizarlas en la consideración moral de animales, ya que, si bien estas han sido un tanto apartadas de la razón, se sabe de su importancia en los seres humanos y en algunos animales. Por ende, no puede negarse o anularse la presencia de las emociones en su cotidianidad. Una de ellas es la empatía, que si bien no es un mecanismo único y esencial para generar compasión, pues se puede llegar a la compasión sin ella, su presencia es importante.

En cuanto al papel de la literatura como mecanismo de educación moral, resulta muy valioso ya que esta refleja diversas formas de ser: del protagonista, de su antagonista, del contexto, del autor, etcétera, lo que determina finalmente que, si se pretende conocer el *ethos* particular de un individuo o de su contexto, la literatura puede ser una forma propicia para ello.

A su vez, la literatura no reemplaza las diferentes teorías sobre los criterios de consideración moral a los animales; sin embargo, aporta componentes emotivos y compasivos, que pueden ir por separado, pero en algún momento pueden convergir. De manera precisa, la diversidad de narrativas permite una complejidad de personajes, sentimientos y valores que otorgan peso a las emociones como fuente de criterios de consideración moral.

Dentro de la amplia gama de literatura animal, se pueden encontrar líneas narrativas que favorecen la consideración moral de los animales al procurar comprender su mundo, y aunque en la literatura existe o se puede caer en la antropomorfización de los animales mediante la personificación como figura literaria, diferentes autores utilizan, directa o indirectamente,



este recurso literario para la consideración moral de sus protagonistas, ya sean similares o no al ser humano.

En última instancia, la consideración moral de los animales no viene exclusivamente por leer literatura animal. Son necesarios dos elementos complementarios entre sí: la constancia en la lectura de narrativas de animales y la voluntad de comprender que más allá de las diferencias físicas, los animales pueden sentir de forma similar a los humanos.

Referencias

- Álvarez, G. (1994). *Manual de crítica literaria*. Plaza & Janés.
- Aristóteles, (2012). *Ética a Nicómaco*. <https://bioetica.colmed5.org.ar/wp-content/uploads/2019/11/%C3%89tica-a-Nic%C3%B3maco-Arist%C3%B3teles.pdf>
- Auster, P. (1999). *Tombuctú*. Planeta.
- Ayala, F. (2002). *Manual de literatura colombiana*. Panamericana.
- Broncano, F. (2014). El valor de las emociones (prólogo). En M. Cabezas, *Ética y emoción* (pp. 9-12). Plaza y Valdés.
- Descartes, R. (2010). *Las pasiones del alma*. Tecnos.
- Escartín Gual, M. (2015). La literatura, una forma de audacia moral. En *Los retos de la Filosofía en el siglo XXI: Actas I Congreso internacional de la Red española de Filosofía* (vol. 18, pp. 99-114). <https://redfilosofia.es/congreso/wp-content/uploads/sites/4/2015/06/VOL1>
- Hobbes, T. (2014). *Leviatán*. Fondo de Cultura Económica.
- Hume, D. (2001). *Tratado de la naturaleza humana*. Libros en la Red. <https://web.dipualba.es/wp-content/uploads/2021/11/Hume.pm65.pdf>
- Lapesa, R. (1981). *Introducción a los estudios literarios*. Madrid: Cátedra.
- Marroquín, J. M. (1971). *El Moro*. Instituto Caro y Cuervo.
- Marroquín, J. M. (2006). *El Moro*. Panamericana.
- Nussbaum, M. (2005). *El conocimiento del amor*. Oxford University Press.
- Nussbaum, M. (2017). *Paisajes del pensamiento*. Paidós.
- Nussbaum, M. (2018). *Las fronteras de la justicia*. Paidós.
- Kant, K. (1980). *El poder de las pasiones afectivas*. Aguilar.

Proust, M. (2009). *En busca del tiempo perdido*. Alianza.

Sepúlveda, L. (2017). *Historia de un perro llamado Leal*. Tusquets.

Woolf, V. (2003). *Flush*. Destino.

